

«A zaga de tu huella».

Reflexiones para la vida religiosa hoy, a la luz de san Juan de la Cruz

JOSÉ-DAMIÁN GAITÁN DE ROJAS
Facultad de San Dámaso (Madrid)

INTRODUCCIÓN

Como sugiere de alguna manera el título, no es mi intención aquí hablar tanto o sólo de la vida religiosa en san Juan de la Cruz, ni de su vida y vivencia como religioso, cuanto más bien captar algunas referencias fundamentales de su doctrina a partir de las cuales ir iluminando la actual experiencia de la vida consagrada en nuestra sociedad, sobre todo en nuestro mundo europeo y occidental.

Tampoco, por lo mismo, me dedicaré a bucear en su biografía para dibujar la figura de Juan de la Cruz como religioso y como carmelita, ni entrar a analizar las declaraciones de los testigos sobre su forma de enseñar a otros el estilo de la vida religiosa. Aparte de las biografías al uso que hoy día tenemos, algo de esto se puede rastrear en algunos de los estudios que ya existen¹.

A primera vista podría parecer fácil hablar de la vida religiosa en san Juan de la Cruz. Él fue religioso, y una parte importante de

¹ Cf. J. V. RODRÍGUEZ, «Magisterio oral de san Juan de la Cruz», en *Revista de Espiritualidad*, 33 (1974), 109-124; ÍDEM, «¿San Juan de la Cruz, talante de diálogo?», en *Revista de Espiritualidad*, 35 (1976), 491-533; cf. también algunos de los estudios que aquí citamos en la nota 3.

su labor apostólica la ejerció entre religiosas y religiosos. Esto llevó a algunos a decir, en un pasado no tan lejano, que los escritos del santo eran fundamentalmente para religiosos, carmelitas por más señas, y no tanto para el resto de los demás cristianos. Lo cierto es que, quien vaya buscando en san Juan de la Cruz escritos en los que se hable expresamente de la vida religiosa, se sentirá, sin duda, algo frustrado al ver que a esto le dedicó explícitamente sólo dos tratados muy breves, de pocas páginas (las *Cautelas* y los *Cuatro avisos a un religioso*, con contenidos muy parecidos entre sí), alguna que otra carta, y alguna que otra referencia perdida en sus grandes obras². Quizá por eso mismo no hay muchos estudios dedicados a analizar este tema en los escritos de nuestro místico³.

² Para referirnos aquí a las obras y escritos de Juan de la Cruz, lo haremos de la manera siguiente: S = *Subida del Monte Carmelo*; N = *Noche oscura* (NB. El número que precede a la letra indica, en cada caso, el libro correspondiente en que está dividida la obra [1S, 2S, 3S, 1N, 2N], y los números que siguen, el capítulo y el párrafo [ejemplo: 2S7,4]); CB = *Cántico Espiritual* (segunda redacción); LB = *Llama de amor viva* (segunda redacción); Ct = *Cautelas*; 4A = *Cuatro avisos a un religioso*; Ep = *Epistolario*; D = *Dichos de luz y amor*.

³ Con ocasión del pasado IV centenario de la muerte de san Juan de la Cruz (1990-1991), cada una de las dos revistas españolas especializadas en vida religiosa (*Confer* y *Vida Religiosa*) dedicó un número monográfico a la figura de nuestro místico. El tema de la vida religiosa, sin embargo, se abordó explícitamente sólo en algunos de sus artículos: cf. F. RUIZ, «“Un maestro incandescente”. Parábola viva de crecimiento espiritual», en *Vida Religiosa*, 68 (1990), 428-432; C. MACCISE, «San Juan de la Cruz, maestro de la vida religiosa», en *Confer*, 31 (1992), 7-10; J. D. GAITÁN, «San Juan de la Cruz: vida religiosa y exigencias evangélicas», en *ibidem*, 11-28; J. V. RODRÍGUEZ, «Juan de la Cruz y su estilo de hacer comunidad», en *ibidem*, 33-62. Otros trabajos que se pueden consultar sobre nuestro tema son: A. ÁLVAREZ-SUÁREZ, «El ideal de la vida religiosa para san Juan de la Cruz», en *Vida Religiosa*, 59 (1985), 424-430; J. V. RODRÍGUEZ, «Vida religiosa», en ÍDEM, *San Juan de la Cruz, profeta enamorado de Dios y maestro*, Madrid, Instituto de Espiritualidad a Distancia, 1987, 369-388; F. RUIZ SALVADOR, «Vida y experiencia carmelitana en los escritos de san Juan de la Cruz», en *Juan de la Cruz, espíritu de llama*, Roma, Institutum Carmelitanum, 1991, pp.673-686; F. DAZA VALVERDE, «Dimensión teológica y cristológica de la vida religiosa según san Juan de la Cruz», en *Revista de Espiritualidad*, 53 (1994) 501-524.

1. DISCÍPULOS Y LECTORES

1.1. En su tiempo, como a lo largo de los siglos y en el presente, muchos y variados fueron los discípulos de Juan de la Cruz. Y, aunque él no escribió sólo para religiosos, es verdad, sin embargo, que los religiosos, principalmente los carmelitas (monjas y frailes), estuvieron desde el principio entre sus primeros y más importantes discípulos y lectores. Al final del prólogo de *la Subida del Monte Carmelo* encontramos un texto que testimonia lo que acabo de decir: «Ni aun mi principal intento es hablar con todos, sino con algunas personas de nuestra sagrada religión de los primitivos del Monte Carmelo, así frailes como monjas, por habérmelo ellos pedido, a quien Dios hace merced de meter en la senda de este Monte; los cuales, como ya están bien desnudos de las cosas temporales de este siglo, entenderán mejor la doctrina de la desnudez del espíritu»⁴.

Por otra parte, si miramos el título original de otra de sus obras más clásicas, conocida hoy como *Cántico Espiritual*, encontramos que esa *Declaración de las canciones que tratan del ejercicio de amor entre el alma y el esposo Cristo*, está escrita «a petición de la Madre Ana de Jesús, priora de las descalzas en San José de Granada». De hecho, en el prólogo se vuelve sobre la misma idea cuando se dice, por ejemplo, que «por haberse (...) estas canciones compuesto en amor de abundante inteligencia mística, no se podrán declarar al justo, ni mi intento será tal, sino sólo dar alguna luz general, pues V.R. así lo ha querido»⁵. Y más adelante: «En ello hablo con V.R. por su mandato, a la cual nuestro Señor ha hecho merced de haberle sacado de estos principios y llevádole a más adentro al seno de su amor divino; y así espero que, aunque se escriban aquí algunos (puntos) de teología escolástica cerca del trato interior del alma con su Dios, no será en vano haber hablado algo a lo puro del espíritu en tal manera, pues, aunque a V.R. le falte el ejercicio de teología escolástica con que se entienden las verdades divinas, no le falta el de la mística, que se sabe por amor en que, no solamente se sabe, más juntamente se gustan»⁶.

⁴ S, pról., 9.

⁵ CB, pról., 2.

⁶ CB, pról., 3.

En estos textos fundamentalmente se apoyaron algunos en el pasado para decir que escribió sólo para religiosos, y religiosos carmelitas. Pero ¿qué diríamos entonces al considerar que la obra culmen de su mística, el comentario a *Llama de amor viva*, está dedicado a doña Ana de Peñalosa, una mujer laica, viuda por más señas?⁷

Por otra parte, el primero de los textos arriba citados, el del prólogo de *Subida*, ha de leerse dentro de su contexto. En las líneas inmediatamente anteriores al texto citado hay una larga referencia a sus posibles lectores en general, sin ninguna mención a religiosos o carmelitas, y a lo que ha de hacerse para comprender mejor la doctrina que se da en dicha obra⁸. Y, en otro texto de un párrafo anterior, explica bien claramente que lo que le ha movido a escribir es «la mucha necesidad que tienen muchas almas, las cuales, comenzando el camino de la virtud (...), no pasan adelante»⁹. Su mirada es pues universal. Pero lo más importante son los ejemplos que después se irán poniendo a lo largo de toda la obra, que son casi siempre universales, como suele suceder en el resto de sus grandes escritos.

1.2. San Juan de la Cruz, como místico que es, escribe para todo aquel que quiera escucharle, y su doctrina es para todo el que quiera adentrarse en los caminos de la experiencia de Dios. Algo que hoy día, quizá más que en el pasado, se está poniendo de relieve. De hecho, en sus grandes obras suele huir de hacer referencias explícitas a la vida religiosa.

Dicho lo cual, no estoy queriendo afirmar que su doctrina no sirva para la vida religiosa, sino más bien todo lo contrario. Como mucho se puede afirmar que privilegia a veces cierto estilo contemplativo sobre el activo en la vida espiritual. Pero los temas que nuestro místico plantea son de tal calibre para la calidad de vida de todo cristiano, que son, por lo mismo, igualmente un verdadero reto para la vida religiosa y para toda vida consagrada en la Iglesia. Por el contrario, lo que se constata en las cartas que conservamos hoy de él, una parte importante de las cuales están dedicadas a religio-

⁷ Cf. LB, título y pról., 1.

⁸ Cf. S, pról., 8.

⁹ S, pról., 3.

sos, es que simplemente va aplicando a ellos, según casos, algunos elementos esenciales de su doctrina más general que están expuestos en sus grandes obras¹⁰.

Podríamos decir que de alguna manera su estilo se parece un poco al de ciertos escritos del primitivo monacato cristiano en los cuales se pone muy marcadamente el acento en el vivir los elementos esenciales del camino cristiano: comenzando por la conversión y el desasimiento y teniendo siempre como meta la transformación del corazón y la unión con Dios. Por otra parte, sin embargo, estoy convencido de que su vocación religiosa, y no sólo mística, fue determinante a la hora de captar y señalar la importancia de determinados valores de la vida cristiana.

Teniendo en cuenta todas estas realidades, en las páginas siguientes me detendré en algunos puntos que me han parecido especialmente esclarecedores para iluminar el actual camino de la vida religiosa en la Iglesia.

2. LA NECESARIA MIRADA SOBRENATURAL

2.1. Quiero empezar deteniéndome, en primer lugar, en los escritos en los que más directamente aborda nuestro místico el tema de la vida religiosa, y esto de una forma bastante práctica. Fundamentalmente, como quedó dicho más arriba, son las *Cautelas* y los *Cuatro avisos a un religioso*, junto con alguna que otra carta.

El estilo de dar avisos y doctrina, exponiendo los pros y contras de cada cosa, es muy propio de Juan de la Cruz. A esta forma de escribir pertenecen los escritos mencionados. Lo curioso es que no haya acabado por incluirlos, más pronto o más tarde, dentro del texto de sus grandes escritos, como sucedió con algunos otros de sus escritos breves. Algo que, a mi parecer, puede indicar su voluntad de no mezclar los temas de la vida religiosa práctica con sus grandes planteamientos espirituales, a pesar de tener dichos escritos sobre la

¹⁰ Interesante en este sentido es el contenido, por ejemplo, de una carta de 14 de abril de 1589 a un religioso dirigido suyo (Ep. 13), o la que dirige a una carmelita que padecía escrúpulos, en las vísperas de Pentecostés 1590, en la que se ve cómo aplica su doctrina general a un caso particular (Ep. 20).

vida religiosa ciertos rasgos en común con algunas de sus grandes obras, y ciertas referencias doctrinales comunes: los enemigos del alma, el hombre viejo, el seguimiento de Jesús, la paz interior, el gozo de Dios, etc.

De contenido a primera vista fuertemente ascético, no dejan de tener una perspectiva mística que no hay que olvidar a la hora de leerlos e interpretarlos. Y esto es lo más importante que quiero indicar aquí ahora al hablar de la necesaria mirada sobrenatural.

Fundamentalmente, son un reclamo a mantener y a no perder nunca la mirada sobrenatural en nuestra vida, es decir, desde Dios, porque, perdida esta, tanto en el tiempo de Juan de la Cruz como en nuestros días se corre el riesgo de vivir precipitados en el infierno del sin sentido y del absurdo más profundo, es decir, el que afecta a la persona en sus vivencias más hondas, a su propia realización, y al sentido mismo de su vida.

2.2. Si nos fijamos, por ejemplo, en las *Cautelas*, esta intención es clara desde el principio. Dice: «El alma que quiere llegar en breve al santo recogimiento, silencio espiritual, desnudez y pobreza de espíritu, donde se goza el pacífico refrigerio del Espíritu Santo, y se alcanza unidad con Dios, y librarse de los impedimentos de toda criatura de este mundo, y defenderse de las astucias y engaños del demonio, y libertarse de sí mismo, tiene necesidad de ejercitar los documentos siguientes, advirtiendo que todos los daños que el alma recibe nacen de los enemigos ya dichos, que son: mundo, demonio y carne. El mundo es el enemigo menos dificultoso: el demonio es más oscuro de entender; pero la carne es más tenaz que todos, y duran sus acometimientos mientras dura el hombre viejo. Para vencer a uno de estos enemigos es menester vencerlos a todos tres; y enflaquecido uno, se enflaquecen los otros dos, y vencidos todos tres, no le queda al alma más guerra»¹¹.

Estamos ante principios generales de vida cristiana y vida ascética, comunes para todo cristiano, porque no se puede entender la vida religiosa fuera de este contexto. Lo cual se seguirá viendo

¹¹ Ct 1-3. Los números que siguen a la abreviatura de las *Cautelas* (Ct) indica sólo la división interna de esta obra en párrafos, no el número de la cautela.

también muy claramente después en algunas de las nueve cautelas en las que divide este pequeño tratado, mezclando dichos principios más generales con referencias y aplicaciones a casos y cosas concretas de la vida religiosa.

2.3. Las nueve cautelas las organiza de tres en tres y las aplica contra el demonio, contra el mundo, y contra «sí mismo y (la) sagacidad de su sensualidad». Para entender hoy mejor su sentido más profundo y teologal, a mí me gusta hacer una lectura de las mismas de atrás para adelante, es decir, carne, demonio y mundo. Este orden es el que vamos a seguir aquí, pero sin detenernos a analizar una por una de las nueve cautelas en todos sus matices. Sólo sugeriré algunas de sus líneas maestras.

2.3.1. *Los propios impulsos*. Comencemos por señalar aquí el peligro del engaño de la propia sensualidad o sensibilidad como criterio de vida. Esto lo aplica a los ejercicios o prácticas espirituales, pero también a las obras, es decir a la vida cotidiana de encarnación y vivencia por el reino de Dios. Así, de forma escueta y clara dice: «Nunca en los ejercicios el varón espiritual ha de poner los ojos en lo sabroso de ellos para asirse de ello y por sólo aquello hacer los tales ejercicios, ni ha de huir lo amargo de ellos, antes ha de buscar lo desabrido y trabajoso de ellos y abrazarlo, con lo cual se pone freno a la sensualidad. Porque de otra manera, ni perderás el amor propio ni ganarás amor de Dios»¹². Y, en el párrafo anterior: «Jamás dejes de hacer las obras por la falta de gusto o sabor que en ellas hallares, si conviene al servicio de Dios que ellas se hagan. Ni las hagas por sólo el sabor y gusto que te dieran sino conviene hacerlas tanto como las desabridas, porque sin esto es imposible que ganes constancia y que venzas tu flaqueza»¹³.

2.3.2. *Los superiores*. La obediencia, es decir, «el consejo de quien lo debes tomar», como dirá en otra de sus cautelas, tiene su sentido precisamente aquí para ayudarnos a comprender mejor qué es lo que hay que hacer realmente por el reino de Dios, sin dejarnos llevar por subjetividades o impulsos personales que, aunque parezcan cosas buenas, no siempre coinciden con lo que verdaderamente

¹² Ct 17.

¹³ Ct 16.

Dios quiere¹⁴, y por experiencia sabemos que tantas veces desestabiliza y acaba por poner un dinamismo disgregador en la vida fraterna.

Y ya que acabo de hacer referencia a la obediencia, podemos recodar aquí también aquella cautela dedicada a la actitud ante los superiores. «Jamás mires, dice, al prelado con menos ojos que a Dios, sea el prelado que fuere, pues le tienes en su lugar; y advierte que el demonio mete mucho aquí la mano»¹⁵. Y después de dar diferentes razones teologales y prácticas, concluye: «Si esto no haces con fuerza, de manera que vengas a que no se te dé más que sea prelado uno que otro, por lo que a tu particular sentimiento toca, en ninguna manera podrás ser espiritual ni guardar bien tus votos»¹⁶.

A algunos esta última afirmación les escandaliza, porque, ciertamente, para el bien de la propia familia religiosa y de la Iglesia no es lo mismo un superior que otro. Bien lo sabía Juan de la Cruz por propia experiencia. De ahí su inciso: «por lo que a tu particular sentimiento toca». Aparece aquí, sin embargo, de nuevo la necesaria iluminación y modelación de los propios sentimientos personales a la luz de los criterios de vida evangélica y teologales.

2.3.3. *La convivencia fraterna.* En otra cautela nuestro místico insistirá en que no sólo hay que ver desde Dios nuestra relación con los superiores, sino también con los demás hermanos con los que convivimos. Dios se sirve de los modos de ser de los demás, que no siempre coinciden con los nuestros, para ir labrando su imagen en nosotros, es decir, para ayudarnos a madurar humana y espiritualmente. Cuando no se tiene esta visión de las cosas, entonces, dice, «no sabrás vencer tu sensualidad y sentimientos, ni sabrás haberte bien en el convento con los religiosos, ni alcanzarás la santa paz, ni te librarás de muchos tropiezos y males»¹⁷. Un poco en esta misma línea se encuentra otra de sus cautelas contra el deseo de protagonismo, o si se prefiere, cautela sobre la importancia de la verdadera humildad interior y exterior, que, para ser verdadera, ha de ir unida a un sincero deseo del bien, prestigio y valoración del prójimo,

¹⁴ Cf. Ct 10-11.

¹⁵ Ct 12.

¹⁶ Ct 12.

¹⁷ Ct 15.

incluso si esto supone que él quede por encima de uno mismo. «Y esto procura ejercitar más en los que menos te caen en gracia. Y sábetete que si así no lo ejercitas, no llegarás a la verdadera caridad ni aprovecharás en ella. Y seas siempre más amigo de ser enseñado de todos que querer enseñar aun al que es menos que todos»¹⁸.

En relación con los demás encontramos otros matices en las *Cautelas*. Por ejemplo, uno al que dedica bastante espacio es el que se refiere a la importancia de mantener el clima sobrenatural en la convivencia, el cual se rompe muchas veces por detenernos a mirar y analizar los fallos y modos de ser de los otros. No diviniza falsamente las posibles faltas o modos de ser ajenos, sino que invita a tener una actitud más bien de comprensión, absteniéndose en lo posible no sólo de hablar de ello, sino también hasta de pensar en ello. El beneficiado de este clima no sólo será el hermano, sino incluso uno mismo y la propia paz interior que nace de vivir la caridad evangélica. ¿Excluye, entonces, Juan de la Cruz la corrección fraterna? No excluye ni el ver los fallos ajenos, sería absurdo, ni la corrección fraterna, pero a ser posible todo ello limitado «a quien de derecho conviene decirlo a su tiempo»¹⁹.

Una de las cautelas que más escandaliza en nuestro mundo, si no se la entiende bien, es la que habla de que «acerca de todas las personas tengas igualdad de amor e igualdad de olvido»²⁰. Lo que se quiere subrayar aquí sobre todo es la necesaria universalidad del amor hacia todos, en la dialéctica entre el amar concretamente y el desapego. Se refiere a nuestra relación con cada persona, pero especialmente con la gente de fuera de la comunidad y, principalmente, los familiares. Un amor que lleva a apegarse a las personas de tal manera que quita o condiciona la verdadera libertad de espíritu no es sano ni hace bien a nadie. Tampoco en la vida religiosa.

Por otra parte, se sabe que en tiempo de nuestro místico ciertos estilos de relación entre comunidad y mundo exterior, gente amiga y familiares, condicionaban bastante negativamente la vida religiosa²¹. Con las debidas relecturas, creo que esos mismos peligros si-

¹⁸ Ct 13.

¹⁹ Ct 8; cf. 8-9.

²⁰ Ct 5.

²¹ Cf. Ct 5-6.

guen estando ahí también en nuestro tiempo, y la cautela mantiene su valor ascético y teologal.

2.3.4. *Los bienes temporales*. Nos queda, por último, la cautela que habla de nuestra relación con las cosas. Dice así: «Acerca de los bienes temporales (...), para librarse de veras de los daños de este género y templar la demasía del apetito, aborrecer toda manera de poseer y ningún cuidado le dejes tener acerca de ello: no de comida, no de vestido ni de otra cosa criada, ni del día de mañana, empleando ese cuidado en otra cosa más alta, que es en buscar el reino de Dios, esto es, en no faltar a Dios; que lo demás, como Su Majestad dice, nos será añadido (Mt 6,33), pues no ha de olvidarse de ti el que tiene cuidado de las bestias. Con esto adquirirás silencio y paz en los sentidos»²². Es innegable lo nítidamente evangélico de este planteamiento. Es una llamada a no perder de vista en qué riquezas ha de ponerse el corazón y por qué. Algo que de por sí sería válido para cualquier cristiano, pero que adquiere un sentido especial dentro de lo que quiere ser la vida religiosa en la Iglesia.

2.4. En los *Cuatro avisos a un religioso*, san Juan de la Cruz insistirá, con matices propios, en algunas de las ideas ya esbozadas arriba a partir del texto de las *Cautelas*. No vamos a repetir las ni detenemos a indicar pormenorizadamente esos detalles, pero sí a señalar algunos elementos que enriquecen el razonamiento anterior. Por ejemplo, el saber iluminar siempre la *vida activa desde una actitud contemplativa*. Así comenta: «No quiero decir (...) que deje de hacer el oficio que tiene, y cualquiera otro que la obediencia le mandare, con toda la solicitud posible y que fuere necesaria, sino que de tal manera lo haga que nada se le pegue en él de culpa, porque esto no lo quiere Dios ni la obediencia. Para esto procure ser continuo en la oración, y en medio de los ejercicios corporales no la deje. Ahora coma, ahora beba, o hable o trate con seglares, o haga cualquier otra cosa, siempre ande deseando a Dios y aficionando a él su corazón, que es cosa muy necesaria para la soledad interior, en la cual se requiere no dejar el alma parar ningún pensamiento que no sea enderezado a Dios»²³.

²² Ct 7.

²³ 4A 9.

Desde nuestra actual sensibilidad espiritual me parece también importante la referencia que aquí se hace al *aspecto pneumatológico*. Así, por ejemplo, se introduce toda la reflexión: «El que quisiere ser verdadero religioso y cumplir con el estado que tiene prometido a Dios, y aprovechar en las virtudes y gozar de las consolaciones y suavidad del Espíritu Santo, no podrá si no procura ejercitar con grandísimo cuidado los cuatro avisos siguientes, que son: resignación, mortificación, ejercicio de virtudes, soledad corporal y espiritual»²⁴.

No será la única vez que aparezca esta referencia al Espíritu. Unos números más adelante aparecerá de nuevo, introduciendo un largo discurso de *iluminación cristológica* de la vida religiosa. «Si para esto no fuera, no había para qué venir a la religión, sino estarse en el mundo buscando su consuelo, honra y crédito y sus anchuras. Y este segundo aviso es totalmente necesario al religioso para cumplir con su estado y hallar la verdadera humildad, quietud interior y gozo en el Espíritu Santo. Y, si así no lo ejercita, ni sabe ser religioso, ni aun a lo que vino a la Religión; ni sabe buscar a Cristo, sino a sí mismo; ni hallará paz en su alma, ni dejará de pecar y turbarse muchas veces. Porque nunca han de faltar ocasiones en la Religión, ni Dios quiere que falten, porque, como trae allí a las almas para que se prueben y purifiquen, como el oro con fuego y martillo (Ecclo 2,5), conviene que no falten pruebas y tentaciones de hombres y de demonios, fuego de angustias y desconsuelos. En las cuales cosas se ha de ejercitar el religioso, procurando siempre llevarlas con paciencia y conformidad con la voluntad de Dios, y no llevarlo de manera que, en lugar de aprovecharle Dios en la probación, le venga a reprobado por no haber querido llevar la cruz de Cristo con paciencia. Por no entender muchos religiosos que vinieron a esto, sufren mal a los otros; los cuales al tiempo de la cuenta se hallarán muy confusos y burlados»²⁵.

2.5. También en una de sus cartas establecerá una estrecha relación entre el vivir habiendo escogido a *Cristo pobre y el discernimiento vocacional*. Escribe así a la priora de Córdoba, M. María

²⁴ 4A 1.

²⁵ 4A 3-4.

de Jesús, desde Segovia (18 de julio de 1589): «Obligadas están a responder al Señor conforme al aplauso con que ahí las han recibido, que cierto me ha consolado de ver la relación. Y que hayan entrado en casas tan pobres y con tantos calores ha sido ordenación de Dios, porque hagan alguna edificación y den a entender lo que profesan, que es Cristo desnudamente, para que las que se movieren sepan con qué espíritu han de venir (...). Miren mucho lo que reciben al principio, porque conforme a eso será lo demás. Y miren que conserven el espíritu de pobreza y desprecio de todo, si no, sepan que caerán en mil necesidades espirituales y temporales, queriéndose contentar con solo Dios. Y sepan que no tendrán ni sentirán más necesidades que a las que quisieren sujetar el corazón; porque el pobre de espíritu en las menguas está más constante y alegre porque ha puesto su todo en nonada en nada, y así halla en todo anchura de corazón. Dichosa nada y dichoso escondrijo de corazón, que tiene tanto valor que lo sujeta todo, no queriendo sujetar nada para sí y perdiendo cuidados por poder arder más en amor (...). Que se aprovechen de este primero espíritu que da Dios en estos principios para tomar muy de nuevo el camino de perfección en toda humildad y desasimiento de dentro y de fuera, no con ánimo añinado, mas con voluntad robusta; sigan la mortificación y penitencia, queriendo que les cueste algo este Cristo, y no siendo como los que buscan su acomodamiento y consuelo, o en Dios o fuera de él; sino el padecer en Dios, y fuera de él por él en silencio y esperanza y amorosa memoria»²⁶.

Este es uno de tantos casos en los que se ve claramente cómo Juan de la Cruz, en sus cartas, va aplicando su doctrina general al caso particular de la vida religiosa. De hecho en el texto de esta carta resuenan no sólo algunas enseñanzas de los *Cuatro avisos a un religioso*, sino toda su doctrina sobre la nada, el todo, el seguimiento de Jesús, la pobreza de espíritu y el desapego de todo por Dios, el andar cebando el propio apetito o el contentarse con sólo Dios, la voluntad y las virtudes fuertes como signos de madurez espiritual, el silencio amoroso, etc., tal y como la vemos también en sus grandes obras.

²⁶ Ep 16.

3. «¿ADÓNDE TE ESCONDISTE, AMADO?»

Vayamos ahora de la perspectiva más personal e individual, que es desde la que Juan de la Cruz aborda el camino espiritual en general y la vida religiosa en particular, a una relectura de sus escritos en clave más colectiva o grupal.

3.1. Empecemos por el tema del Dios que parece esconderse y olvidarse de alguna manera de la vida religiosa, al menos en sus formas más tradicionales, o al menos en nuestro mundo europeo occidental. Todos sabemos que esto no es un dicho sin fundamento. Basta mirar a la falta de vocaciones nuevas, a las edades de los religiosos que conforman nuestras provincias y casas, y a las obras que progresivamente hay que ir abandonando. Es la misma Iglesia la que nos invita a hacer un análisis realista de esta situación, y no sólo desde una mirada puramente humana, sino también teologal²⁷.

Como se sabe, Juan de la Cruz es experto en el tema de las ausencias y presencias de Dios; o mejor, en describir nuestros sentimientos respecto de lo que nos puede parecer ausencias o presencias de Dios, y en los caminos de purificación por los que Él nos hace pasar en su amor providente.

Frente a visiones un tanto pesimistas y culpabilizadoras respecto de la actual situación de la vida religiosa en nuestro mundo europeo occidental, hallamos que nuestro místico nos invita a no identificar demasiado fácilmente prosperidad aparente o real en la propia empresa, o los sentimientos positivos de aquello que estamos viviendo, buena sintonía que se diría hoy, con el ir por el recto camino de Dios o estar en una etapa de plenitud y madurez en la vida de Dios. Para Juan de la Cruz el fervor desbordante en la entrega generosa por Dios puede ser más bien un signo de la etapa de los principiantes, es decir, algo que está llamado a superarse y desaparecer —purificarse, diríamos con sus palabras—, para caminar apoyados verdaderamente en Dios, guiados por la fe, la esperanza y el amor verdadero²⁸.

²⁷ Cf. JUAN PABLO II, *Vita consecrata*, 63.

²⁸ Cf. 1S 14; 1N 1; CB 1,3-4.

3.2. Es verdad que a veces en el momento actual puede dar la sensación de que Dios se nos ha vuelto contrario, que se acabaron las prosperidades pasadas y estamos sin esperanza de que puedan volver. Nuestro místico pinta con estos rasgos nada menos que los sentimientos que se experimentan en la noche pasiva del espíritu²⁹.

No es mi intención decir aquí, sin más, que lo que nos sucede es que estamos pasando colectivamente por esa noche espiritual. Pero sí que la actual circunstancia supone, ciertamente, una purificación de nuestra sensibilidad, ya que no experimentamos a Dios con nosotros como nos pareció sentirlo en momentos anteriores, relativamente recientes, de nuestras historias como familias religiosas. De la vivencia de esta noche se dice: «Para probar más claramente la eficacia que tiene esta noche sensitiva en su sequedad y desabrigo para ocasionar la luz que de Dios decimos recibir aquí el alma, alegaremos aquella autoridad de David (Sal 62,3) en que da bien a entender la virtud grande que tiene esta noche para este alto conocimiento de Dios. Dice, pues, así: *En la tierra desierta, sin agua, seca y sin camino parecí delante de ti para poder ver tu virtud y tu gloria*. Lo cual es cosa admirable; que no da aquí a entender David que los deleites espirituales y gustos muchos que él había tenido le fuesen disposición y medio para conocer la gloria de Dios, sino las sequedades y desarrimos de la parte sensitiva, que se entiende aquí por la tierra seca y desierta; y que no diga también que los conceptos y discursos divinos, de que él había usado mucho, fuesen camino para sentir y ver la virtud de Dios, sino el no poder fijar el concepto en Dios, ni caminar con el discurso de la consideración imaginaria, que se entiende aquí por la tierra sin camino. De manera que, para conocer a Dios y a sí mismo, esta noche oscura es el medio con sus sequedades y vacíos, aunque no con la plenitud y abundancia que en la otra del espíritu, porque este conocimiento es como principio de la otra»³⁰.

3.3. Por otra parte, según la doctrina sanjuanista, de los procesos de purificación pasivos, es decir, no buscados intencionalmente,

²⁹ Cf. 2N 5,5; 7,2-3.4.6-7; 9,7; 13,5; con menos fuerza, cf. 1N 8,3.

³⁰ 1N 12,6.

no se sale fácilmente sólo con planes y propuestas humanas. A este respecto, de la noche pasiva del espíritu nuestro autor dice así: «Porque hasta que el Señor acabe de purgarla de la manera que él lo quiere hacer, ningún medio ni remedio le sirve ni aprovecha para su dolor; cuánto más, que puede el alma tan poco en este puesto como el que tienen aprisionado en una oscura mazmorra atado de pies y manos, sin poderse mover ni ver, ni sentir algún favor de arriba ni de abajo, hasta que aquí se humille, ablande y purifique el espíritu, y se ponga tan sutil y sencillo y delgado, que pueda hacerse uno con el espíritu de Dios, según el grado que su misericordia quisiere concederle de unión de amor, que conforme a esto es la purgación más o menos fuerte y de más o menos tiempo. Mas, si ha de ser algo de veras, por fuerte que sea, dura algunos años»³¹.

Y, si esta referencia al tiempo largo es verdad para los procesos de purificación personal o individual, sin duda mucho más lo será para los procesos de purificación grupales o colectivos.

Sin duda, en nuestra actual vida religiosa hay muchas cosas que purificar. Darse cuenta de ello es un don de Dios. De hecho, para Juan de la Cruz es importante animarse y desear que Dios nos ponga «en esta noche, donde se fortalece y confirma el alma en las virtudes y pasa a los inestimables deleites del amor de Dios»³². Pero para ello hay que dejarse guiar por Dios y no impedirle, como el niño que confía en su madre³³. El no pasar por estas noches o purificaciones, por otra parte, no sería índice de que nada tenemos que purificar, sino a veces más bien de que Dios no nos encuentra suficientemente dispuestos para recorrer este camino de madurez, y hace con nosotros lo que puede³⁴.

3.4. Vistas así las cosas, creo que lo más importante, quizá en este momento más que en otras ocasiones, es reactivar una búsqueda apasionada de Dios, que vaya purificando en nosotros intenciones y planteamientos³⁵. Quizá, el primero y principal de todos, el dar

³¹ 2N 7, 3-4; cf. S, pról., 5.

³² 1N 1,1.

³³ Cf. S, pról., 3-4.

³⁴ Cf. 1N 14,5.

³⁵ Cf. 1N 11.

demasiado por supuesto la primacía del amor de Dios en nuestra vida, como algo que se tiene con casi sólo decirlo o hacer algunos gestos para demostrarlo. «Como muchos, dice el santo, que no querían que les costase Dios más que hablar, y aun eso mal, y por Él no quieren hacer casi cosa que les cueste algo (...), pero hasta que (...) no salgan a buscarle, aunque más voces den a Dios, no le hallarán»³⁶. Y un poco antes había comentado algo parecido: «Algunos llaman al Esposo «Amado» y no es amado de veras, porque no tienen entero en Él su corazón»³⁷.

Este amor no sólo no se puede dar nunca por supuesto, sino que también, y por lo mismo, hay que alimentarlo continuamente, porque, entre otras cosas, de él depende también la fuerza misionera y apostólica de la vida consagrada, al igual que la de toda la Iglesia. Esto, a mi parecer, es lo que se ha querido reafirmar precisamente con el lema del reciente congreso internacional de vida consagrada, celebrado en Roma el pasado mes de noviembre: «Pasión por Cristo y pasión por la humanidad». Quizá por eso no deja de ser significativo que el Hermano Álvaro Rodríguez Echeverría, presidente de la Unión de Superiores Generales, en la intervención conclusiva del mismo, titulada *El «encanto» de la vida consagrada*, cite a san Juan de la Cruz, el único santo al que menciona en su intervención, para recordar su magisterio precisamente en la misma línea que estamos aquí indicando.

Y, exponiendo el sentido profético de la vida consagrada, Juan Pablo II afirmaba hace ya algunos años: «La vida consagrada tiene la misión profética *de recordar y servir el designio de Dios sobre los hombres*, tal como ha sido anunciado por las Escrituras, y como se desprende de una atenta lectura de los signos de la acción providencial de Dios en la historia. Es el proyecto de una humanidad salvada y reconciliada (cf. Col 2,20-22). Para realizar adecuadamente este servicio, las personas consagradas han de poseer una profunda experiencia de Dios y tomar conciencia de los retos del propio tiempo, captando su sentido teológico profundo mediante el discernimiento efectuado con la ayuda del Espíritu Santo. En realidad, tras

³⁶ CB 3,2.

³⁷ CB 1,13.

los acontecimientos de la historia se esconde frecuentemente la llamada de Dios a trabajar según sus planes, con una inserción activa y fecunda en los acontecimientos de nuestro tiempo (...). Él llama a la vida consagrada para que elabore nuevas respuestas a los nuevos problemas del mundo de hoy. Son un reclamo divino del que sólo las almas habituadas a buscar en toda la voluntad de Dios saben percibir con nitidez y traducir después con valentía en opciones coherentes, tanto con el carisma original, como con las exigencias de la situación histórica concreta»³⁸.

3.5. A la luz de todo lo dicho sería interesante, sin duda, hacer una relectura actual de la vida religiosa como camino espiritual colectivo siguiendo las huellas de *Cántico Espiritual*. No es esta mi intención aquí, pero sí quiero dejar constancia de que ya alguno ha señalado, por ejemplo, la estrofa 25 de CB («A zaga de tu huella / las jóvenes discurren al camino...»), como un «himno a la acción vocacional de Dios»³⁹. No sería éste el único texto a tener en cuenta en dicha dinámica de vivir tras las huellas de Cristo en la búsqueda de Dios. Algo, por otra parte, que el santo no limita, ni mucho menos, a la vida religiosa. Habría que empezar casi por el arranque inicial del mismo *Cántico*: por ejemplo, desde la canción tercera «Buscando mis amores / iré...». Se subraya en ella no sólo la decisión de marchar en la búsqueda de Dios, sino también la necesidad de ir más allá de todo límite, de todo apego, de toda barrera, de toda frontera, de todo miedo interior o exterior, bien apegados a Cristo y a su cruz⁴⁰.

En la *Novo millennio ineunte* el Papa recordó a toda la Iglesia, al acabar el jubileo del año 2000, que el programa para el nuevo milenio no puede ser otro que «Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en él la vida trinitaria y transformar con él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste. Es un programa que no cambia al variar los tiempos y las culturas, aunque tiene cuenta del tiempo y de la cultura para un verdadero diálogo y una comunicación eficaz»⁴¹. Algo que matizará más ade-

³⁸ JUAN PABLO II, *Vita Consecrata*, 73.

³⁹ J. V. RODRÍGUEZ, *o.c.*, p.377.

⁴⁰ Cf. CB 3.

⁴¹ JUAN PABLO II, *Novo millennio ineunte*, 29.

lante como una «pastoral bajo el signo de la santidad»⁴²; y no ya sólo vivida en una dimensión preferentemente individual, sino también, principalmente, dentro de una «espiritualidad de comunión»⁴³. Si a algo se ha sentido llamada la vida religiosa en la Iglesia, casi desde sus orígenes, es justamente a ser un camino comunitario de búsqueda de Dios, a la luz de la persona y el evangelio de Jesús.

4. SANAR EL «DÉFICIT» TEOLOGAL DE ALGUNOS PLANTEAMIENTOS

Considerando el momento actual, la vida religiosa en particular, al igual que la Iglesia en general, sufre el riesgo de dejarse llevar por algunos *déficit* teologales en sus planteamientos vitales. Estos riesgos no son de hoy, porque entonces no los encontraríamos en Juan de la Cruz tan bien explicados. Siempre han existido. Puede ser que en otras épocas de abundancia no se percibiera tanto, globalmente hablando, su negatividad teologal. El santo los considera verdaderamente paralizantes y muy negativos. Aunque no se queda en señalar sólo el límite. Indica también positivamente por dónde y hacia dónde se ha de caminar.

4.1. *Ascetismo versus amor*

Entiendo aquí por ascetismo el planteamiento de la vida cristiana, y, por ende, de la vida religiosa, como un camino de prácticas y compromisos morales y éticos en el que al amor teologal no se le da el puesto central que le corresponde. No es raro hallar, hoy como en el pasado, personas a las que les parece encontrar la solución decisiva al momento actual que vivimos o bien en una vida ascética y virtuosa ordenada o bien en el compromiso ético y moral. Estos dos aspectos pueden parecer referirse a cosas distintas y distantes, pero, en realidad, tienen ciertos vínculos en común.

Explicando los «bienes morales», el santo plantea bien a las claras la posibilidad de un planteamiento teologal deficiente de los

⁴² *Ibidem*, 31.

⁴³ Cf. *Ibidem*, 43-45.

mismos, sin negar el valor positivo de cualquier compromiso humano en la adquisición y práctica de las virtudes y actitudes morales⁴⁴.

«Por bienes morales, dice, entendemos aquí las virtudes y los hábitos de ellas en cuanto morales, y el ejercicio de cualquiera virtud, y el ejercicio de las obras de misericordia, la guarda de la ley de Dios, y la política, y todo ejercicio de buena índole e inclinación (...). Traen paz y tranquilidad y recto y ordenado uso de la razón, y operaciones acordadas; que no puede el hombre humanamente en esta vida poseer cosa mejor»⁴⁵.

Ciertamente, Dios, que ama todo lo bueno, ama la presencia de estos bienes morales en las personas que los poseen y ejercitan⁴⁶. Pero la visión que Juan de la Cruz tiene de la vida cristiana no se queda ahí, por muy positiva que esta sea. Va más allá, hasta el punto que parece contradecir lo que ha dicho antes. Quedarse en ser bueno y hacer el bien, es decir, llevar una vida verdaderamente ordenada, no es suficiente para nuestro místico, porque el hombre quedaría todavía demasiado cerrado en sí mismo y no abierto a la verdadera vida de comunión con Dios, que es lo que da sentido a todo lo demás. Así dice: «Pues tiene lumbre de fe, en que espera vida eterna y que sin esta todo lo de acá y de allá no le valdrá nada, sólo y principalmente debe gozarse en la posesión y ejercicio de estos bienes morales (...) en cuanto, haciendo las obras por amor de Dios, le adquieren vida eterna. Y así, sólo debe poner los ojos y el gozo en servir y honrar a Dios con sus buenas costumbres y virtudes, pues que sin este respecto no valen delante de Dios nada las virtudes, como se ve en las diez vírgenes del Evangelio (Mt 25,113) (...). Y también muchos antiguos tuvieron muchas virtudes e hicieron buenas obras, y muchos cristianos el día de hoy las tienen y obran grandes cosas, y no les aprovecharán nada para la vida eterna, porque no pretendieron en ellas la gloria y honra que es de sólo Dios. Debe, pues, gozarse el cristiano, no en si hace buenas obras y sigue buenas costumbres, sino en si las hace por amor de Dios sólo, sin otro respecto alguno; porque, cuanto son para mayor premio de gloria hechas sólo para servir a Dios, tanto para mayor confusión

⁴⁴ Cf. 3S 27,1-3.

⁴⁵ 3S 27,1-2.

⁴⁶ Cf. 3S 27,2-3.

suya será delante de Dios cuanto más le hubieren movido otros respectos»⁴⁷. Y, un poco más adelante, de nuevo insistirá en que su verdadero valor no se funda tanto «en la cantidad y cualidad de ellas, sino en el amor de Dios que él lleva en ellas (...), y querer que sólo Dios sea el goce de ellas y guste de ellas en escondido»⁴⁸.

Comentando la canción 30 de *Cántico Espiritual*, «De flores y esmeraldas, / en las frescas mañanas escogidas, / haremos las guirnaldas / en tu amor floridas / y en un cabello mío entretejidas», desarrollará más ampliamente el tema al que venimos refiriéndonos aquí. Para un místico como Juan de la Cruz, las virtudes sólo tienen verdadero valor si lo tienen a los ojos de Dios, y, sólo si nacen del amor de Él, pueden tener dicho valor. «La flor que tienen las obras y virtudes es la gracia y virtud que del amor de Dios tienen, sin la cual no solamente no estarían floridas, pero todas ellas serían secas y sin valor delante de Dios, aunque humanamente fuesen perfectas. Pero, porque Él da su gracia y su amor, son las obras floridas en su amor»⁴⁹.

Por otra parte, se señala también que las virtudes verdaderas serían fruto de la relación recíproca de amor entre el alma y Dios. Ni sólo obra de Dios, ni sólo obra del hombre⁵⁰.

Se apunta también en el comentario a esta canción 30 una interpretación colectiva o eclesial de la misma. Estas personas, así engendradas y embellecidas por Cristo, serían como coronas o guirnaldas que embellecen, su vez, la cabeza de Cristo Esposo⁵¹.

4.2. *Reformismo versus seguimiento*

Si todo cristiano está llamado al seguimiento de Jesús, la vida religiosa siempre ha hecho gala de tomarse en serio este compromiso, hasta el punto de comprometerse a poner de relieve con la propia vida la centralidad del mismo.

⁴⁷ 3S 27,4.

⁴⁸ 3S 27,5.

⁴⁹ CB 30,8.

⁵⁰ Cf. CB 30,6. «Haremos las guirnaldas / en tu amor floridas / y en un cabello mío entretejidas».

⁵¹ Cf. CB 30,7.

San Juan de la Cruz pone el dedo en la llaga en el tema de las interpretaciones *light* del seguimiento de Jesús. Estas se identificarían con el contentarse con alguna forma de vida más o menos comprometida en lo espiritual. Para él esto no basta. Es más, esto a veces lleva a planteamientos de autosatisfacción espiritual, de buscarse más a sí mismos en Dios que a Dios, y alejarse del verdadero planteamiento de un seguimiento radical de Jesús, que pasa necesariamente por el olvido y negación de sí mismos hasta llegar a pasar y vivir como algo propio el misterio de la cruz y muerte de Jesús⁵².

Comentando los textos evangélicos de las exigencias del seguimiento, dice así: «¡Oh, quien pudiera aquí ahora dar a entender y a ejercitar y gustar qué cosa sea este consejo que nos da aquí nuestro Salvador de negarnos a nosotros mismos, para que vieran los espirituales cuán diferente es el modo que en este camino deben llevar del que muchos de ellos piensan! Que entienden que basta cualquiera manera de retiramiento y reformación en las cosas; y otros se contentan con en alguna manera ejercitarse en las virtudes y continuar la oración y seguir la mortificación, mas no llegan a la desnudez y pobreza, o enajenación o pureza espiritual, que todo es una, que aquí nos aconseja el Señor; porque todavía antes andan a cebar y vestir su naturaleza de consolaciones y sentimientos espirituales que a desnudarla y negarla en eso y esotro por Dios, que piensan que basta negarla en lo del mundo, y no aniquilarla y purificarla en la propiedad espiritual. De donde les nace que en ofreciéndoseles algo de esto sólido y perfecto, que es la aniquilación de toda suavidad en Dios, en sequedad, en sinsabor, en trabajo (lo cual es la cruz pura espiritual y desnudez de espíritu pobre de Cristo) huyen de ello como de la muerte, y sólo andan a buscar dulzuras y comunicaciones sabrosas en Dios. Y esto no es la negación de sí mismo y desnudez de espíritu, sino golosina de espíritu. En lo cual, espiritualmente, se hacen enemigos de la cruz de Cristo; porque el verdadero espíritu antes busca lo desabrido en Dios que lo sabroso, y más se inclina al padecer que al consuelo, y más a carecer de todo bien por Dios que a poseerle, y a las sequedades y aflicciones que

⁵² Cf. 2S 7.

a las dulces comunicaciones, sabiendo que esto es seguir a Cristo y negarse a sí mismo, y esotro, por ventura, buscarse a sí mismo en Dios, lo cual es harto contrario al amor»⁵³.

Nuestro místico juzga, pues, de trascendental importancia comprender esto para entender de verdad «el misterio de la puerta y del camino de Cristo para unirse con Dios»⁵⁴. O, como dirá en otro lugar: «Para entrar en estas riquezas de su sabiduría (de Dios), la puerta es la cruz, que es angosta, y desear entrar por ella es de pocos, mas, desear los deleites a que se viene por ella, es de muchos»⁵⁵.

En esta misma línea, acabando el largo capítulo sobre el seguimiento en *Subida* al que estamos refiriéndonos aquí, comenta: «No me quiero alargar más en esto, aunque no quisiera acabar de hablar en ello, porque veo es muy poco conocido Cristo de los que se tienen por sus amigos. Pues los vemos andar buscando en el sus gustos y consolaciones, amándose mucho a sí, mas no sus amarguras y muertes, amándole mucho a Él. De estos hablo, que se tienen por sus amigos, que esotros que viven allá a lo lejos, apartados de Él, grandes letrados y potentes, y otros cualesquiera que viven allá con el mundo en el cuidado de sus pretensiones y mayorías (que podemos decir que no conocen a Cristo, cuyo fin, por bueno que sea, harto amargo será), no hace de ellos mención esta letra. Pero hacerla ha en el día del juicio, porque a ellos les convenía primero hablar esta palabra de Dios, como a gente que Dios puso por blanco de ella según las letras y más alto estado»⁵⁶.

Por último, más allá del valor personal que el seguimiento de Jesús así entendido tiene para cada creyente, existiría además un valor apostólico a no olvidar. Así el santo se encarga de recordarnos que, en la muerte de cruz, Cristo habría hecho la obra más importante de toda su vida: reconciliar a los hombres con Dios⁵⁷. Se comprende por eso que, en una carta a la M. Leonor Bautista, de Beas, llame «vida apostólica», no a la vida de apostolado tal como

⁵³ 2S 7,5.

⁵⁴ 2S 7,11.

⁵⁵ CB 36,13.

⁵⁶ 2S 7,12.

⁵⁷ Cf. 2S 7,11.

la entendemos hoy, sino a la de renuncia y olvido de sí mismo en la búsqueda de Dios⁵⁸.

4.3. *Palabras versus obras*

Una tentación muy propia de nuestro tiempo, pero también en particular de las personas que nos movemos hoy en los ámbitos eclesiásticos, es el excesivo valor que se suele dar a las palabras, sobre todo si estas están escritas y forman parte de proyectos personales y comunitarios de renovación. A veces con nuestras propias palabras y análisis nos sucede como lo que dice la *Carta de Santiago* refiriéndose a lo que hacen algunos tras la contemplación de la palabra de Dios: que después de mirarse en ella, se van y se olvidan de lo que han visto (cf. 1,23-25).

Como es reconocido por todos, o casi todos, los religiosos estamos sin duda entre los grupos eclesiales que más esfuerzos y más tiempos han dedicado en estos años a reflexionar sobre la propia identidad y vocación en la Iglesia y el mundo de hoy. Pero también nosotros, los religiosos, reconocemos que a dicho esfuerzo no le han acompañado todos los frutos apetecidos. A pesar de todo, una y otra vez, casi como quien se ha convertido en un adicto, seguimos intentando los mismos caminos de las palabras y los documentos, quizá con la secreta esperanza de lograr alguna vez una mayor cosecha de frutos deseados.

En el fondo se trata de una ilusión espiritual ya antigua. Porque es más fácil decir y escuchar que vivir. De ahí el sentido del razonamiento de Juan de la Cruz en una carta a las monjas carmelitas de

⁵⁸ «No piense, hija en Cristo, que me he dejado de doler de sus trabajos y de las que son participantes; pero acordándome que así como Dios la llamó para que hiciese vida apostólica, que es vida de desprecio, la lleva por el camino de ella, me consuelo. En fin, el religioso de tal manera quiere Dios que sea religioso, que haya acabado con todo y que todo se haya acabado para él; porque él mismo es el que quiere ser su riqueza, consuelo y gloria deleitable. Harta merced la ha Dios hecho a Vuestra Reverencia, porque ahora, bien olvidada de todas las cosas, podrá a sus solas gozar bien de Dios, no se le dando nada que hagan de ella lo que quisieren por amor de Dios, pues que no es suya, sino de Dios» (Ep 9, 8 de febrero de 1588).

Beas de Segura: «El no haber escrito no ha sido falta de voluntad, porque de veras deseo su gran bien, sino parecerme que harto esta ya dicho y escrito para obrar lo que importa; y que lo que falta, si algo falta, no es el escribir o el hablar, que esto antes ordinariamente sobra, sino el callar y obrar. Porque, demás de esto, el hablar distrae, y el callar y obrar recoge y da fuerza al espíritu. Y así, luego que la persona sabe lo que le han dicho para su aprovechamiento, ya no ha menester oír ni hablar más, sino obrarlo de veras con silencio y cuidado, en humildad y caridad y desprecio de sí; y no andar luego a buscar nuevas cosas, que no sirve sino de satisfacer el apetito en lo de fuera, y aún sin poderle satisfacer, y dejar el espíritu flaco y vacío sin virtud interior. Y de aquí es que ni lo primero ni lo postrero aprovecha, como el que come sobre lo indigesto, que, porque el calor natural se reparte en lo uno y en lo otro, no tiene fuerza para todo convertirlo en sustancia, y engéndrase enfermedad»⁵⁹.

Cada día son más los que hoy estamos convencidos de que, para una verdadera renovación espiritual en la vida religiosa y en la vida eclesial, sería mejor invertir, al menos la mitad de las fuerzas y el tiempo que tenemos, en profundizar lo ya visto y programado, e intentar descubrir los mejores caminos para llevarlo a término, que en volver a proyectar y programar.

Entre los defectos de los principiantes nuestro místico señala que «suelen proponer mucho y hacen muy poco»⁶⁰. Sin duda, la falta de realismo espiritual de este tipo de personas es grande. Pero también puede darse lo contrario, según lo que vemos en los capítulos del libro de la *Noche oscura* dedicados a describir los defectos de los principiantes; que estos hagan muchas cosas, aunque el verdadero fruto de todo ello acabe siendo mínimo. La causa estaría en que en esa situación espiritual uno se suele guiar más por sus propios impulsos que por Dios. O dicho de otra manera: las motivaciones teologales estarían muy mezcladas con otras más puramente humanas, aunque barnizadas tantas veces de espiritual.

También hoy en la vida de la Iglesia, y de las familias religiosas, ciertas formas de actuar, no suficientemente purificadas teologal-

⁵⁹ Ep 8, 22 de noviembre de 1587.

⁶⁰ 1N 2,3; cf. 5,3.

mente, son tan peligrosas como la adicción a las palabras y proyectos, que se quedan tantas veces casi sin estrenar. Sin duda, haciendo las pertinentes transposiciones, en esto habría mucho que purificar y sanar.

Se impone pasar por todo un proceso de purificación de la sensibilidad espiritual, que nos ayude a tener motivaciones y virtudes sólidas, es decir, sólidamente fundadas en Dios⁶¹.

Los ejemplos que va poniendo Juan de la Cruz en los mencionados capítulos de la *Noche oscura* sobre los defectos de los principiantes están tomados fundamentalmente, como casi toda su obra, del análisis del camino individual personal, pero, sin duda, hoy se podrían enriquecer con otras aplicaciones y lecturas más comunitarias y colectivas, porque los principios generales sobre los que se sustenta su razonamiento son los mismos para un caso que para otro.

4.4. *Protagonismo apostólico versus profetismo*

4.4.1. Tener apóstoles y profetas es una necesidad en la Iglesia, pero el protagonismo apostólico es una patología, una enfermedad. Es la tentación de acabar ocupando, con la excusa de Dios, el lugar central que sólo a Él se debe. Entonces la tarea apostólica deja de ser verdadera profecía, porque uno se anuncia a sí mismo y no a Dios. Quizá se hable de Dios, incluso en nombre de Dios, pero no se transmite a Dios, porque no se es verdadero testigo suyo.

Algo muy propio de la vida religiosa es su dimensión apostólica y profética. Así lo reconocen todos, tanto de dentro como de fuera de la Iglesia. Pero la vida religiosa, como la misma Iglesia, tiene que prevenirse y vacunarse contra la tentación del protagonismo apostólico, que es como una carcinoma que acaba deshaciendo y destruyendo desde dentro las más nobles y bellas tareas apostólicas.

Miedo me da cuando a veces, para animar a la gente al compromiso dentro de la Iglesia, ya sea parroquial, apostólico, sacerdotal o para la vida religiosa, se les motiva precisamente desde la idea de lograr un cierto protagonismo personal.

⁶¹ Cf. IN 1-8.

Me permito citar aquí otro texto de Juan Pablo II sobre las líneas del verdadero profetismo en la vida consagrada, que encontramos en la exhortación apostólica postsinodal *Vita Consecrata*, y que guarda ciertos parecidos con otro citado aquí más arriba. «Los Padres sinodales, dice el Papa, han destacado el carácter profético de la vida consagrada, como *una forma de especial participación en la función profética de Cristo*, comunicada por el Espíritu Santo a todo el Pueblo de Dios. Es un profetismo inherente a la vida consagrada en cuanto tal, por el radical seguimiento de Jesús y la consiguiente entrega a la misión que la caracteriza. La función de signo, que el Concilio Vaticano II reconoce a la vida consagrada, se manifiesta en el testimonio profético de la primacía de Dios y de los valores evangélicos en la vida cristiana. En virtud de esta primacía no se puede anteponer nada al amor personal por Cristo y por los pobres en los que Él vive (...). En la historia de la Iglesia, junto con otros cristianos, no han faltado hombres y mujeres consagrados a Dios que, por un singular don del Espíritu, han ejercido un auténtico ministerio profético, hablando a todos en nombre de Dios, incluso a los Pastores de la Iglesia. *La verdadera profecía nace de Dios*, de la amistad con Él, de la escucha atenta de su Palabra en las diversas circunstancias de la historia. El profeta siente arder en su corazón la pasión por la santidad de Dios y, tras haber acogido la palabra en el diálogo de la oración, la proclama con la vida, con los labios y con los hechos, haciéndose portavoz de Dios contra el mal y contra el pecado. El testimonio profético exige la búsqueda apasionada y constante de la voluntad de Dios, la generosa e imprescindible comunión eclesial, el ejercicio del discernimiento espiritual y el amor por la verdad. También se manifiesta en la denuncia de todo aquello que contradice la voluntad de Dios y en el escudriñar nuevos caminos de actuación del Evangelio para la construcción del reino de Dios»⁶².

4.4.2. El místico Juan de la Cruz sabía mucho, por experiencias vividas y percibidas en su ambiente, incluso dentro de los mismos carmelitas reformados, del peligro del protagonismo apostólico que acaba matando el verdadero profetismo que sólo puede nacer de Dios. Quizá por ello, dedica un capítulo en la *Subida del*

⁶² JUAN PABLO II, *Vita Consecrata*, 84.

*Monte Carmelo*⁶³ a explicarnos, desde perspectivas teologales, este tema. Se refiere en el mismo a los predicadores, pero sus contenidos son igualmente válidos para toda acción apostólica. Así dice: «El predicador, para aprovechar al pueblo y no embarazarse a sí mismo con vano gozo y presunción, conviene advertir que aquel ejercicio más es espiritual que vocal; porque, aunque se ejercita con palabras de fuera, su fuerza y eficacia no la tiene sino del espíritu interior. De donde, por más alta que sea la doctrina que predica y por más esmerada la retórica y subido el estilo con que va vestida, no hace de suyo ordinariamente más provecho que tuviere de espíritu. Porque, aunque es verdad que la palabra de Dios de suyo es eficaz, según aquello de David (Sal 67,34) que dice, que él dará a su voz, voz de virtud, pero también el fuego tiene virtud de quemar, y no quemará cuando en el sujeto no hay disposición»⁶⁴.

Por todo lo dicho se entendería lo que a veces suele constatarse, que «cuanto el predicador es de mejor vida, mayor es el fruto que hace por bajo que sea su estilo, y poca su retórica, y su doctrina común, porque del espíritu vivo se pega el calor; pero el otro muy poco provecho hará, aunque más subido sea su estilo y doctrina. Porque, aunque es verdad que el buen estilo y acciones y subida doctrina y buen lenguaje mueven y hacen efecto acompañado de buen espíritu; pero sin él, aunque da sabor y gusto el sermón al sentido y al entendimiento, muy poco o nada de jugo pega a la voluntad; porque comúnmente se queda tan floja y remisa como antes para obrar, aunque haya dicho maravillosas cosas maravillosamente dichas, que sólo sirven para deleitar el oído, como una música concertada o sonido de campanas; mas el espíritu, como digo, no sale de sus quicios más que antes, no teniendo la voz virtud para resucitar al muerto de su sepultura»⁶⁵.

A parte del bien que pueda hacerse en lo humano, que no es cosa de poca importancia, creo que como religiosos tendríamos que preguntarnos qué es lo que puede estar fallando en nuestra condición profética, en el caso real de que nuestras empresas y obras apostólicas sean muy valoradas en lo humano pero no sirvan igual-

⁶³ Cf. 3S 45.

⁶⁴ 3S 45,2.

⁶⁵ 3S 45,4.

mente para hacer que, al mismo tiempo, los hombres se encuentren y descubran a Dios.

Por otra parte, contra la posible tentación de una manipulación ascética que algunos puedan querer hacer de los textos aquí citados, me parece importante subrayar cómo queda bien claro que nuestro santo no niega la importancia de las cosas bien hechas en el campo apostólico. «Es verdad que el buen estilo y acciones y subida doctrina y buen lenguaje mueven y hacen efecto acompañado de buen espíritu» (3S 45,4). Si hace la contraposición, pues, entre lo que lleva un estilo no tan perfecto pero nace de Dios y lo que es humanamente perfecto pero le falta espíritu interior, es para poner de relieve la importante decisiva de la raíz teológica en toda acción apostólica. Que, como dice en uno de los textos que acabamos de citar, hablando de la predicación, «aquel ejercicio más es espiritual que vocal»⁶⁶.

Se pone en guardia aquí, sobre todo, contra la superficialidad y exterioridad en el actuar humano y apostólico, al igual que lo ha hecho en capítulos inmediatamente anteriores de esta misma obra al referirse a la religiosidad, que no por ser tal ya sin más nace y está radicada en el corazón de un hombre abierto verdaderamente a Dios⁶⁷.

4.4.3. Este mismo tema que estamos aquí tratando lo aborda también Juan de la Cruz en *Cántico Espiritual*, aunque en este caso para poner más bien de relieve el valor positivo y eclesial de la vida contemplativa⁶⁸. Lo mismo que en la predicación y cualquier otro apostolado, es la vivencia teológica lo que da sentido a la vida contemplativa cristiana. Y ésta, también en este caso, es la que verdaderamente construye la Iglesia.

El creyente tendría que ejercitarse en el amor tanto en una vida activa como en una vida contemplativa. Este es, en principio, el pensamiento del santo. Pero está convencido de que, en determinadas etapas de la vida (quizá también vocaciones, podríamos decir), «no le es conveniente (al creyente) ocuparse en otras obras y ejercicios exteriores que le puedan impedir un punto de aquella asisten-

⁶⁶ 3S 45,2.

⁶⁷ Cf. 3S 36-44.

⁶⁸ Cf. CB 29,1-4.

cia de amor en Dios, aunque sean de gran servicio de Dios, porque es más precioso delante de Dios y del alma un poquito de este puro amor y más provecho hace a la Iglesia, aunque parece que no hace nada, que todas esas otras obras juntas (...). Al fin, para este fin de amor fuimos criados»⁶⁹.

Esta actitud más contemplativa no la limita sólo a algunas personas y a algunas etapas de la vida, sino que lo plantea como exigencia universal. Esto se ve sobre todo porque, a continuación, hace un alegato y una invitación a «los que son muy activos, que piensan ceñir al mundo con sus predicaciones y obras exteriores, que mucho más provecho harían la Iglesia y mucho más agradecerían a Dios, dejado aparte el buen ejemplo que de sí darían, si gastasen siquiera la mitad de ese tiempo en estarse con Dios en oración, aunque no fuese tan alta como ésta». «Cierto, prosigue, entonces harían más y con menos trabajo con una obra que con mil, mereciéndolo su oración, y habiendo cobrado fuerzas espirituales en ella; porque, de otra manera, todo es martillar y hacer poco más que nada, y a veces nada, y aun a veces daño (...). Dios os libre de que se comience a envanecer la sal (Mt 5,13), que, aunque más parece que hace algo por defuera, en sustancia no será nada, cuando está cierto que las buenas obras no se pueden hacer sino en virtud de Dios»⁷⁰.

5. UNA VIDA EN LA FE, LA ESPERANZA Y EL AMOR

5.1. El Concilio Vaticano II, en la *Lumen Gentium*, tuvo la feliz idea de definir la vida cristiana como un camino de seguimiento de Jesús y comunión con el Padre, guiados por el Espíritu, en la vivencia de la fe, la esperanza y el amor⁷¹.

En el plano de las ideas esto puede parecer hoy normal, pero no lo era tanto hace sólo algunas décadas. Sin embargo, hace ya cuatro siglos Juan de la Cruz no sólo intuyó la centralidad para la vida cristiana concreta de las así llamadas virtudes teologales, sino que

⁶⁹ CB 29,2-3.

⁷⁰ CB 29,3.

⁷¹ Cf. *Lumen Gentium*, 41; JUAN PABLO II, *Ecclesia in America*, 29.

además hizo girar sus planteamientos doctrinales y espirituales precisamente en torno a las mismas.

En un primer acercamiento quizá pueda parecer que el camino espiritual que nos describe nuestro místico es un tanto complicado. Sin duda es complejo y rico, como todos los procesos de madurez de la psique y del alma humana. Pero él nos invita precisamente a vivir todo desde la simplificación espiritual que nace de la opción por las virtudes teologales como guía segura en nuestro caminar. Casi como si fuera lo único de lo que nos tendríamos que preocupar que no nos faltara para el camino. Así, al inicio de *Cántico Espiritual*, dice que «la fe (...) son los pies con que el alma va a Dios, y el amor es la guía que la encamina»⁷². Y, hablando de la oración, nos da el consejo de no llevar a la misma «otro arrimo (...) sino la fe y la esperanza y la caridad»⁷³.

En donde el esquema de las virtudes teologales lo lleva más hasta sus últimas consecuencias es, como se sabe, en la *Subida del Monte Carmelo*. Allí, en un capítulo en cierto modo programático, explica lo trascendente y decisivo que es saberse guiar en el camino del espíritu por las virtudes teologales. «En la cual manera, escribe, se halla toda seguridad contra las astucias del demonio y contra la eficacia del amor propio y sus ramas, que es lo que sutilísimamente suele engañar e impedir el camino a los espirituales, por no saber ellos desnudarse, gobernándose según estas tres virtudes; y así, nunca acaban de dar en la sustancia y pureza del bien espiritual, ni van por tan derecho camino y breve como podrían ir»⁷⁴.

De una forma más positiva, si se quiere, encontramos la misma doctrina formulada en la *Noche oscura*. «Porque estas virtudes, dice, tienen por oficio apartar al alma de todo lo que es menos que Dios, le tienen consiguientemente de juntarla con Dios. Y así, sin caminar a las veras con el traje de estas tres virtudes, es imposible llegar a la perfección de unión con Dios por amor»⁷⁵.

⁷² CB 1,11.

⁷³ D 119.

⁷⁴ 2S 6,7. Al principio de este capítulo ya había dicho algo muy parecido: «Se verá claro cuánta necesidad tiene el alma para ir segura en este camino espiritual, de ir por esta noche oscura arrimada a estas tres virtudes» (2S 6,1).

⁷⁵ 2N 21,11-12.

En resumidas cuentas, lo más importante, por todos esos motivos, sería procurar ser personas de fe, de esperanza y de amor/comunión. Podríamos decir así que optar positivamente por las virtudes teologales, no sólo en lo personal sino también en lo institucional y colectivo, nos ayudará a superar mejor, a la luz de Dios, cualquier posibilidad real de autoengaño, tan fácil en el camino espiritual y apostólico, en donde la búsqueda de Dios se dé la mano con la superación de todo apego y de todo aquello que no nazca verdaderamente de Dios. Y esto hay que procurarlo de una forma activa, es decir, positiva, aunque, por otra parte, ya se sabe que las virtudes teologales son, a su vez, un don de Dios⁷⁶. Pero no sólo ellas. Para nuestro autor Dios no es sólo la meta que da sentido a cualquier desapego y purificación, sino que además, en colaboración con el hombre, es el principal actor de todo paso positivo dado en ese sentido. Comenta: «Quiere, pues, en suma, decir el alma (...) que salió —sacándola Dios— sólo por amor de él, inflamada en su amor, en una noche oscura, que es la privación y la purgación de todos sus apetitos sensuales acerca de todas las cosas exteriores del mundo y de las que eran deleitables a su carne, y también de los gustos de su voluntad (...). Y esto fue dichosa ventura, meterla Dios en esta noche, de donde se le siguió tanto bien, en la cual ella no atinara a entrar, porque no atina bien uno por sí solo a vaciarse de todos los apetitos para venir a Dios»⁷⁷.

Desde esta perspectiva se entiende que cualquier iniciativa tomada para purificar la Iglesia y la vida religiosa que no nazca de ahí, es decir de Dios, está condenada al más estrepitoso fracaso a la larga, y a veces también a la corta. Quizá no habría que olvidar esto cuando hablamos tanto de la necesidad de cambiar y purificar la vida religiosa, o simplemente intuimos que hay algo en ella que debe cambiar, aunque no sepamos bien cómo, para que se ponga de relieve que somos, sobre todo, personas buscadoras de Dios.

Por otra parte, para nuestro místico no es posible ser sólo hombres de fe, o sólo gente de esperanza, o que optan por el amor. En repetidas ocasiones a lo largo de *Subida del Monte Carmelo* indica

⁷⁶ Cf. 2S 6.

⁷⁷ 1S 1,4-5; cf. 1N 7,5.

la interrelación que existe entre las tres. Lo que a una le daña, acaba dañando a todas. Si una no funciona, las otras acaban pereciendo. Y lo mismo se diga en sentido positivo⁷⁸.

Cuando en la vida llega la hora de la verdad, es decir, cuando llegan las purificaciones pasivas que Dios permite para hacer madurar a la persona, y lo mismo vale para las instituciones, sólo unas virtudes teologales sólidas serán capaces de mantenernos a flote más allá de todo, según san Juan de la Cruz, porque bien anclados en Dios⁷⁹. Lo cual no es pura teoría. La experiencia de los santos a lo largo de los siglos nos lo demuestra.

5.2. Y, hablando de purificación pasiva, no querría acabar este apartado y todo este trabajo sin hacer unas reflexiones sobre lo que nuestro místico considera los frutos de pasar por la purificación pasiva. Al menos querría fijarme en los frutos de la purificación pasiva del sentido o de la sensibilidad, que es la más común para todos nosotros como personas y como instituciones.

Para hablar de esta purificación comienza exponiendo los defectos o pecados de la gente espiritual, para que viéndose retratados, sientan el deseo de que Dios les ponga en la noche. Sólo después pasa a presentar los frutos. En nuestro caso creo que es mejor detenemos aquí en los frutos, ya que algo hemos hablado en otro apartado de este mismo trabajo sobre algunos defectos y *déficit* teologales de algunos planteamientos.

Si lo que la vida religiosa actual está pasando en este momento, sobre todo en nuestro mundo europeo occidental, es una purificación pasiva teologal, es decir, querida o permitida por Dios para purificarnos y hacernos madurar evangélicamente, eso en el fondo sólo lo sabe Él. A nosotros nos tocaría simplemente no tener otra pretensión más que, como ya dije más arriba, ir tras una renovada búsqueda de Dios, de la mano de las tres actitudes teologales fundamentales: la fe, la esperanza, el amor.

Los frutos de todo eso serán, sin duda, algo que los religiosos, sobre todo en nuestros días, decimos que ha de ser la meta hacia la

⁷⁸ Cf. 2S 24,8; 3S 7,2; 13,7;16,1; 27,4; 2N 21, etc.

⁷⁹ Cf. 2N 21.

que ha de caminar el nuevo estilo de vida religiosa actualmente en la Iglesia; o, como está de moda hoy decir, «el nuevo talante» de la vida religiosa.

Para nuestro místico el primer fruto de toda verdadera purificación que viene de Dios o que se vive desde Dios es una verdadera humildad, que lleva consigo un gran conocimiento de Dios y de la propia realidad, y un amor más puro de Dios que lleva al verdadero amor del prójimo. Junto con ellos, nacerían tantos otros bienes⁸⁰. Pero dejemos que sea él mismo quien nos explique algo de esto con sus propias palabras: «Trae ordinaria memoria de Dios, con temor y recelo de volver atrás, como queda dicho, en el camino espiritual; el cual es grande provecho y es no de los menores en esta sequedad y purgación del apetito, porque se purifica el alma y limpia de las imperfecciones que se le pegaban por medio de los apetitos y afeciones, que de suyo embotan y ofuscan el ánima. Hay otro provecho muy grande en esta noche para el alma, y es que se ejercita en las virtudes de por junto, como en la paciencia y longanimidad, que se ejercita bien en estos vacíos y sequedades, sufriendo el perseverar en los espirituales ejercicios sin consuelo y sin gusto. Ejercítase la caridad de Dios, pues ya no por el gusto atraído y saboreado que halla en la obra es movido, sino sólo por Dios. Ejercita aquí también la virtud de la fortaleza, porque en estas dificultades y sinsabores que halla en el obrar saca fuerzas de flaquezas, y así se hace fuerte. Y, finalmente, en todas las virtudes, así teologales como cardinales y morales, corporal y espiritualmente se ejercita el alma en estas sequedades (...). Abrandada y humillada por estas sequedades y dificultades y otras tentaciones y trabajos en que a vueltas de esta noche Dios la ejercita, se hace mansa para con Dios y para consigo y también para con el prójimo; de manera que ya no se enoja con alteración sobre las faltas propias contra sí, ni sobre las ajenas contra el prójimo, ni acerca de Dios trae disgusto y querellas descomedidas porque no le hace presto bueno (...) Finalmente (...) consigue libertad de espíritu, en que se van granjeando los doce frutos del Espíritu Santo»⁸¹.

⁸⁰ Cf. 1N 12.

⁸¹ 1N 13,4-5.7.11

Contra toda tentación de protagonismo eclesial de propia iniciativa, no me duelen prendas en decir que quizá la vida religiosa en la Iglesia tiene que saber reencontrarse en la sencillez y humildad de quien sabe que tiene un tesoro entre las manos, nada menos que el reino de Dios, pero que lo llevamos en vasijas de barro. Sólo así, sin apegos a nada, ni siquiera al propio pasado glorioso, sino sólo a Dios y al reino de Dios actuante hoy en el mundo, gozaremos de verdad, nosotros los primeros, de los dones de Dios, y podremos servirlos con generosidad a los hermanos.